

la mirada del hombre y la mirada de Dios

pregón de la
Semana Santa 2017

Iglesia de las Madres Carmelitas
2 de abril de 2017

Muy buenas tardes a todos, en especial a los que os habéis reunido hoy aquí para este primer acto de nuestra Semana Santa. De manera particular, saludo a las autoridades, miembros de las diferentes familias religiosas, a las Madres Carmelitas que abren su casa, párrocos, cofrades, familias, alumnos, seminaristas, profesores y amigos de San Jerónimo, amigos de la villa y a todos los que, sea cual sea el motivo, habéis decidido acompañarnos.

Mis primeras palabras, hoy, quieren ser de agradecimiento. Hace unos meses los religiosos Reparadores, Dehonianos, que vivimos y caminamos en San Jerónimo, recibimos, por boca de Gonzalo, párroco de la villa, la invitación que nos hacíais llegar desde la Cofradía de la Vera Cruz y las demás cofradías de Alba para realizar, entre otros actos, el pregón de la Semana Santa. Fue la comunidad la que pensó que quién mejor que alguien de Alba para realizarlo. Por eso estoy aquí... no por mi mérito... si no por el mérito de ser de Alba. San Jerónimo, como sabéis, está a unos dos kilómetros del centro de la villa. Y esa distancia,



que parece poca o mucha dependiendo de quién la camine, se queda en nada con actos como este, o como la invitación a la predicación del Triduo y la Novena de la Santa, la participación en diferentes fiestas de la villa, nuestra colaboración con la parroquia en la comunión a los enfermos o atendiendo a las capellanías de la Benedictinas, Madres Isabeles o Hijas de la Caridad. Siempre nos hemos sentido, como comunidad, muy albenses. Y no sólo porque algunos lo seamos, que también, sino porque todos los que han pasado o están actualmente en San Jerónimo han sido, son, albenses de adopción, amantes de esta tierra, apasionados de Teresa, de nuestras calles, de nuestro paisaje, de nuestros monumentos y de nuestras gentes. Gracias en nombre de toda mi comunidad porque hoy, nos sentimos, todavía más albenses.

Gracias también, Alfonso, por tus palabras y por introducir este acto marcado por dos momentos: este primero, que espero que sea breve, y la intervención de nuestra querida Banda de Alba.

Me gustaría comenzar con unas palabras de alguien ajeno a nuestra tierra:

*Tú me levantas, tierra de Castilla,
en la rugosa palma de tu mano,
al cielo que te enciende y te refresca,
al cielo, tu amo¹.*

Don Miguel de Unamuno, hombre del norte, era un hombre apasionado de nuestra tierra: de esta tierra llana, áspera, incluso hostil en un primer momento, que, sin embargo, es capaz de serenar su alma hasta el punto de reconocer que somos, que es nuestra tierra, un gran altar² que, en medio de España, es capaz de levantar al hombre. Me gusta imaginar que detrás de estas palabras se encuentra Don Miguel mirando hacia el horizonte castellano y viendo cómo el mar de trigo o de cebada se junta con otro mar, el del cielo. Él, Unamuno, aprende en nuestra tierra a mirar con profundidad. A buscar entornando los ojos, el límite entre nosotros y Dios. Un límite que se une, para él, en Cristo, tremendamente Dios, apasionadamente hombre.

¿Por qué empezar con Unamuno? Precisamente por esa mirada de creyente con dudas, con pasiones, con certezas y lagunas, que también puede ser la nuestra. Precisamente por esa mirada entornada que busca y que encuentra, por esa mirada profunda que apunta a un horizonte donde nuestra mirada y la otra, la de Dios, como el campo y el cielo de la meseta castellana, también se encuentran.

¹ Miguel de UNAMUNO, *Castilla*.

² En un momento del poema, Miguel de Unamuno dice, de Castilla que es “ara gigante, tierra castellana”, haciendo referencia a cómo la extensa meseta se levanta, como si fuera un altar, hacia el cielo.

Os propongo, por eso, recuperar la profundidad de esos ojos y recorrer algunas miradas, que año tras año, se cruzan en nuestra Semana Santa y, con ellas, pausar un poco nuestra vida, recordar nuestro pasado y animar nuestros futuros pasos.



Hay una mirada que, desde pequeño, me ha llamado la atención. Es la mirada de Juan que, cada Miércoles Santo, despierta del sueño del retablo y recorre



San Juan Evangelista, de Juan de Montejo. Siglo XVI. Iglesia de San Juan.

las calles de Alba. En ella descubrimos la mirada de un joven, que desafiante, con el entusiasmo propio de la juventud y la ausencia de miedo, quiere afrontar lo que se le ponga por delante. Cargada de fe y de esperanza en su Maestro mira de frente a la Cruz aunque sabe, como también nosotros lo sabemos, que la tentación de huir, de salir corriendo en la vida, siempre está ahí. En él descubrimos, albenses, la mirada de nuestros jóvenes a quien la dificultad para abrirse paso, en algunos

casos, ha apagado el brillo inicial, pero que siguen ahí, desafiando lo torcido de la vida. Juan recorre las calles y con su paso alienta el paso de los que no quieren ya o no pueden caminar. Juan recorre las calles y sus ojos brillan en los ojos de los que afrontan el futuro como él lo hizo: con decisión, con valentía, conscientes de los peligros pero enamorados de un día para el que se han preparado o se están preparando. Juan recorre nuestras calles y su mirada confiada en Dios incluso en el momento de dolor, sigue sosteniendo nuestras dudas.

Pero la de Juan es una mirada especial. Es la mirada del joven, sí. Pero también la mirada del discípulo, del que sigue a Jesús, y la mirada del testigo. No es de extrañar que sean, precisamente jóvenes los que lo porten. Pero jóvenes llamados, también, a anunciar a ese Dios en quien creen y a ser testigos de la fe. La mirada del discípulo Juan es una mirada que también podemos ver, oculta tras la tela del capirote, en los ojos de aquellos que cada Miércoles y Viernes Santo, quieren ser testigos y que, en un acto totalmente original y desconocido en otros lugares, proclaman que no desean serlo de modo anónimo, que aceptan el reto de Juan de bajar a la calle como cristianos. Y así, descubriendo su rostro ante la imagen de María y la imagen

del joven discípulo y testigo Juan, confirman ante todos que, a pesar de sus defectos y debilidades, Dios les sigue amando, Dios les sigue queriendo. Que Dios sigue soñando un proyecto para sus vidas.



De la mirada del discípulo a la mirada de la Madre, nuestra Señora de los Dolores. Con ella iniciamos nuestra Semana Santa el viernes anterior al Domingo de Ramos. Sus ojos, vidriosos, se vuelven desconcertados hacia el cielo, incapaces de comprender del todo el porqué del dolor de su hijo, la razón de tanto sufrimiento. La sinrazón se convierte en ella en silencio y en sus ojos adivinamos un punto de reproche a ese Dios que todo le dio y que ahora, aparentemente, todo le quita con la muerte del hijo de sus entrañas. Y es



Nuestra Señora de los Dolores, Escuela castellana de Gregorio Fernández. Siglo XVII. Iglesia de San Juan.

que el dolor pesa en ella, como pesan sus andas en los hombros de los que la llevan. Pesa y la acobarda. O la intenta acobardar. Por eso, su mirada, parece casi desmayada. Es la mirada del no comprender, de la desesperación, la mirada del que enfoca... y no ve absolutamente nada.

Quién no se ha fijado en ella cuando desfila por las calles de Alba. Cuántos hombres y mujeres, a lo largo de nuestra historia, no han sentido que su mirada estaba en esa mirada. A cuántos albenses nuestros, el desconcierto, la sinrazón, la falta de esperanza les hace caminar así, con la mirada de quien ya no espera nada... María también lo experimentó, podemos verlo en esos ojos que a cuantos sufrimos, hemos sufrido, o sufriremos, hablan más que si pronunciaran palabras. Su mirada, callada, se sitúa al lado de la nuestra en el dolor. Tal vez, por eso, es una de las imágenes más queridas entre nosotros. Porque en ella también nos vemos reflejados. Porque en ella nos sentimos comprendidos y acompañados.





Nazareno, Taller de Olot. Siglo XX. Iglesia del Convento de las MM. Isabeles.

Hay dos miradas que quiero unir a las ya dichas. Las miradas de dos imágenes alejadas en el tiempo en su factura, pero unidas, pues en ellas descubrimos el valor de la entrega, la esperanza de que el amor nunca pasa. Que quien escribe con amor la vida no es como el que dibuja en el agua. La primera de las dos es la mirada del Nazareno de las Isabeles que capta un momento

del camino de la Cruz: aquel en el que se encuentra con las mujeres de Jerusalén, llorando, cansadas del dolor. El Viernes Santo sus ojos, los del Nazareno, se van deteniendo en todos aquellos que, desde abajo, levantan la vista para encontrarse con Él, cargando la cruz. Desde arriba, se detiene también en nuestras cruces... en todas ellas, que se hacen una en la Cruz que llevó aquel Viernes en que la historia cambió para siempre. Nuestra cruz y su cruz se encuentran. Es la mirada del que asume nuestra vida, sea la que sea, y la sube a su hombro.

Tras esta imagen, unos pasos más atrás, hay otra, que nos recuerda, que si Él lo hace, es por amor. El Cristo de San Jerónimo ya no mira al hombre. Todo en su mirada, nos habla de muerte. La pupila dilatada, el blanco ya apagado y amarillento. Todo se ha consumado. A las manos de Dios ha entregado su alma. Aquellos ojos que conocieron el cariño de María y de José, los que brillaban cuando hablaba de su Padre, de Dios; los ojos que miraban y se compadecían de la multitud hambrienta en el monte de las Bienaventuranzas, o aquellos que se fijaron en la pecadora injustamente juzgada; los que buscaban a Dios en los momentos decisivos o pedían su Palabra en la dificultad... ya se habían apagado. Los ojos del Cristo de San Jerónimo, de la Salud, de los Labradores³



Santo Cristo de San Jerónimo, autor desconocido. Siglo XVI. Actualmente en la Iglesia parroquial de San Pedro, pero procedente del antiguo convento jerónimo de San Leonardo (actuales Padres Reparadores).

³ También es conocido como “Cristo de los jóvenes” ya que el Martes Santo es la imagen que acompaña al rezo del Viacrucis. Las estaciones son leídas, normalmente, por jóvenes de la parroquia, mientras que los miembros de la Cofradía de la Cruz y del Amor llevan, abriendo el recorrido entre San Pedro y San Juan, la llamada “cruz pesada”.

son los ojos de una mirada que resume toda una vida y una sola palabra: entrega.

Dios, en Cristo, no se ha guardado nada por amor. En sus ojos descubrimos también nosotros los ojos de todos los que, a lo largo de nuestra historia, también han dibujado sus horas y sus días con la entrega callada. En ellos reconocemos a nuestros abuelos, a los ancianos de la villa, a nuestros padres y madres, amigos, profesores, párrocos, catequistas que nos han dado su vida y su fe, que no han parado de regalarnos miradas de ánimo, complacientes o llenas de reproche pero que siempre y solo buscaban nuestro bien, aunque nosotros no lo entendiéramos. A sus ojos, a los del Cristo de San Jerónimo, miramos cada Martes Santo recordando sus últimos pasos en nuestro mundo. Y el Viernes, silenciamos nuestra boca para, calladamente, agradecer su entrega en la entrega de aquellos que han sido, en nuestra vida, los pasos de Dios, las manos de Dios, el Corazón de Dios, y su mirada.



Pero si hay una imagen enigmática y una mirada que cautiva en Alba esa es la de la Soledad. Enigmática porque hasta hace bien poco sólo salía a nuestro encuentro el Viernes y Sábado Santo. Hoy, podemos contemplarla en Carmus, todo un relicario en torno a nuestra Santa. Pero la de la Soledad es, sobre



Soledad, de Pedro de Mena. Siglo XVII. Convento de la Anunciación (Madres Carmelitas Descalzas).

todo, una mirada, como he dicho, que cautiva. De pequeño uno se acercaba, entre las tinieblas y la oscuridad del Viernes, y la miraba intentado adivinar a dónde apuntaban sus ojos. Ahora, de mayor, con la poca experiencia que da la Teología y haber estudiado, de puntillas, algo de arte en el Colegio, uno descubre que esos ojos miran hacia arriba y que transmiten algo que antes, desde abajo, no veía: hablan de esperanza.

Y es que a las puertas del Domingo de Resurrección, María, en su Soledad, intuye que hay algo más. Que el amor, la entrega, el consuelo siguen estando presentes aunque el cuerpo de Jesús yacía en el sepulcro. Y ante eso, Dios, no puede quedar mudo. Sus ojos, los

de la Soledad, apuntan hacia el cielo confiando en la respuesta del Padre. Y aunque han derramado lágrimas hasta enrojecer sus mejillas, ya no lloran más. Hablan de confiar aunque no entiendas, de seguir aunque todo te hable

de tirar la toalla, de caminar aunque las piernas vacilen, de amar y amar y amar contra viento, marea, tormenta o silencio. De que aunque tu mente dice lo contrario, tu corazón exclama temblando que sólo Dios basta.

Los albenses depositamos ese día nuestra confianza en la que confía. En María. Y con ella despedimos el Sábado Santo y saludamos la alegría de la Vida que ella barrunta y que Dios confirma con la tumba abierta, con un encuentro festivo, flores y redoble de campanas, mientras en una esquina, descansan el sudario vacío y las vendas que sirvieron de mortaja.



Y termino. Falta una mirada. Para esa os voy a pedir que hagáis un pequeño gesto. Que giréis vuestras cabezas, un poco y que depositéis los ojos en el que tenéis a la derecha y a la izquierda. Nos da miedo. Lo sé. Es porque la mirada transmite mucho... mucho más de lo que pensamos. No sólo el alma. También los miedos e ilusiones, desolación, esperanza.

La mirada que falta es la tuya, y la mía, la de tantos hombres y mujeres, nosotros, que vivimos la Semana Santa buscando o dudando, con arrojo o sin ganas. Somos nosotros por los que Dios padece y vive, por los que camina, sana, sueña, late, espera, resucita, abraza. Porque ya no son solo nuestros ojos los que miran a Dios. Son nuestros ojos sobre los que Dios deposita su mirada.

Muchas gracias.

Ángel Alindado Hernández, scj. y Comunidad religiosa de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús (Reparadores / Dehonianos) en Alba de Tormes (Salamanca)

Fotografía: Marisa García y Ricardo Tejedor en www.albadetormesaldia.es; Cofradía de la Cruz y del Amor.